

salvacion. Es menester finalmente, pedirle todos los dias, y muchas veces al dia, con especialidad al elevarse la sagrada hostia, el don y la gracia de la perseverancia. Pon en práctica estos cuatro puntos.

## DIA ONCE.

### SAN PACIENTE, ARZOBISPO DE LEON.

San Paciente, cuya fiesta celebra hoy la santa Iglesia, nació hacia el principio del quinto siglo. Es probable que fué natural de Leon, como tambien su grande amigo el célebre Sidonio Apolinar; ambos de familia distinguida por su calidad, pero mucho mas por sus buenos procederes y por los opulentos bienes que poseia. Nada cierto se sabe de sus primeros años, ni de los empleos que obtuvo en el mundo; solo es cierto que, siendo su familia una de las mas considerables de la provincia, hacia largo tiempo que estaba condecorada con las primeras dignidades; por lo que prudentemente creemos que su educacion seria muy correspondiente á su nacimiento y á la religion que profesaba. Las primeras noticias de su vida que nos comunica la historia son representárnosle incorporado en el clero como eclesiástico muy ejemplar y de los mas sabios de su tiempo.

Pero la prueba mas concluyente del mérito de nuestro santo, es su eleccion para el gobierno de una iglesia tan grande, tan respetable por su antigüedad y por el gran número de hombres ilustres en doctrina y en santidad que ha dado á la Iglesia de Dios aquella silla primacial. Fué san Paciente obispo de Leon hácia el fin del pontificado de san Hilario papa, ó á principios del de san Simplicio, esto es, por los años de 467.

Luego que san Paciente se vió colocado en la silla episcopal, se dedicó á adquirir todas las virtudes que el apóstol san Pablo consideraba necesarias á un obispo, y todas las poseyó en grado eminente. Correspondieron perfectamente á su alta dignidad su piedad, su caridad y su zelo. Su pastoral solícitud no reconocia otros limites que los de su diócesis; pero su dilatada caridad ninguno reconocia; y así fué esta virtud una parte de su carácter. Era su rico patrimonio el patrimonio de todos los necesitados, así como las rentas de su obispado eran las rentas de los pobres. Era su zelo tan grande como su caridad; por lo que muy en breve mudó de semblante la diócesis de Leon. No habia resistencia á las prácticas instrucciones del santo pastor, sostenidas con sus piadosas limosnas y con sus ejemplos.

Hácia el año de 470 consagró, como metropolitano, á Juan, obispo de Chalons, asistiendo á esta sagrada ceremonia san Eufonio, obispo de Autun, y los demás sufragáneos de aquella santa primada iglesia. San Sidonio Apolinar, diocesano suyo, y despues obispo de Clermont, nunca acierta á hablar de nuestro santo sin magníficos elogios, testificándonos no haberle faltado ninguna de las virtudes que forman los grandes y los santos prelados. Su gran caridad fué la admiracion de todo el pueblo. Siguióse una cruel hambre á los estragos que los Godos acababan de hacer en toda la Francia, particularmente en las provincias meridionales y en el Leonés. No se habia conocido semejante desolacion. Todo estaba cubierto de cadáveres ó de moribundos por la falta general de lo necesario para la vida. Movidó vivamente nuestro santo de la pública calamidad, no perdonó á medio alguno para el alivio de tantos alligidos y miserables. Hizo venir á gran coste cantidad de granos de todos los países extranjeros, y los mandó distribuir entre

todos los pobres. Con su vigilancia y con su penetracion descubria las miserias mas sepultadas en el fondo de las provincias: y como á su piadoso corazon no le compadecian menos las necesidades, la vergüenza y el silencio de los pobres ausentes, que los clamores y las lástimas de los que tenia á la vista; no se dedicaba menos á enjugar las lágrimas de los que no veia, que á consolar las de aquellos que tenia delante de los ojos. Dispuso pósitos ó paneras públicas en las orillas del rio Saona y del Ródano, hasta las provincias mas distantes; y por medio de esta heroica caridad salvó las ciudades de Arlés, Oranje, Viviers, Valencia y San Pablo de los tres Castillos, Aviñon y Riez, que le veneraban como á otro segundo José, aclamándole el libertador de todas aquellas provincias. Tambien experimentaron los efectos de su liberalidad la Auvernia y la Aquitania; de suerte que no se dudó se multiplicaba el trigo en sus manos por un insigne y continuado milagro.

No resplandecia menos en todas las demás acciones de su vida la sólida y la grande virtud de nuestro santo. Siempre dulce, siempre afable, siempre liberal con todo el mundo, solo era severo y riguroso consigo mismo. Para todos estaba abierto el palacio del santo prelado: á todos franqueaba su mesa servida con esplendidez, y de aquí nació que, hallándose entonces la corte en Leon, al mismo tiempo que el rey Gondebaldo celebraba las comidas del arzobispo, la reina publicaba con admiracion su sobriedad y sus ayunos. Con tan universal y tan generosa caridad se hacia inmediatamente dueño de los corazones de todos, procurando ganarlos para Dios, y apenas habia quien se pudiese resistir á los piadosos artificios de su zelo. En sus manos todo crecia, y todo florecia en la casa del Señor: solo se disminuia visiblemente cada dia el número de los herejes por su zelo y por su aplicacion

á convertirlos con la milagrosa fuerza de sus sermones y con la virtud de sus ejemplos. Con su dulzura, con su afabilidad, con su modestia y con sus gratísimos modales domesticó el genio feroz y cruel de Evarin, rey de los Godos. Era arriano este principe, y habia llenado toda la Francia de desolacion y de carniceria. Supo nuestro santo ablandarle, suavizarle y ganarle tanto, que le hizo mudar enteramente de conducta, lo que todos reputaron por milagro. Las rentas que sobraban del sustento de los pobres se destinaban á fundar nuevas iglesias, ó á reparar las antiguas. Fruto son de su magnificencia la mayor parte de las de Leon. Sobre todas alaba Sidonio un magnifico templo que mandó edificar nuestro santo, y se cree fuese el de San Justo ó el de San Ireneo. Pero lo que hace formar idea mas cabal y concepto mas elevado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del santo prelado, es la célebre carta que Sidonio le escribió en nombre de los estados de Lenguadoc y de Auvernia.

« Ninguna cosa nos acerca mas á la virtud de los bienaventurados en el cielo que la caridad con los pobres y con los miserables en la tierra. Preguntárame á qué propósito viene esta proposicion. A tí te la dirijo, gran prelado: tú, á quien no basta procurar el alivio á la pobreza que tienes delante, sino que vas á buscar hasta en las extremidades de las Galias á todos los infelices y necesitados: tú eres el que socorres las necesidades sin dársete nada por conocer las personas. No es menester que los pobres se presenten á tu puerta: tú mismo los vas á buscar á los lugares mas desconocidos. Extiéndese tu vigilancia pastoral hasta las provincias extrañas. Bástate saber que hay necesitados para no esperar á que lleguen á tus oidos sus clamores; y si tanto bien haces á los extraños, ¿qué no harás todos los días con tus propias ovejas? Con

tus piadosas limosnas destierras de tu ciudad la pobreza; y tu dulzura cada día añade nuevas victorias á tu gran zelo. El rey admira el gran número de pobres que sustentas, y la reina no acaba de ponderar tu abstinencia y tus ayunos. Paso en silencio los magníficos ornamentos con que has enriquecido la iglesia que tienes á tu cuidado. No se sabe cuál se ha de admirar mas, ó los templos que has edificado de nuevo, á los que has reparado. No hay hereje que no se rinda á tu zelo. Buena prueba son las conversiones de los arrianos, de los focinianos. Algunas de estas grandes virtudes pueden ser comunes con otros santos prelados; pero tu caridad se puede decir que es sin ejemplo. Mas países has salvado tú que han arruinado los Godos. Tú solo llenaste las paneras por todo el curso del Saona y del Ródano: ¡cuántas ciudades, cuántos vastos países, cuántas provincias te reconocen por su libertador, por su pastor y por su padre! Y como de otro José, se puede decir que tú solo salvaste el reino. »

El año de 475 asistió san Paciente al concilio de Arlés, donde se dejó admirar su ingenio, su sabiduría, y sobre todo su eminente santidad. En todas partes era venerado como santo, y en ninguna era conocido por otro nombre que por el modelo de perfectos prelados y ornamento de la Iglesia. En fin, lleno de días y de merecimientos, murió con la muerte de los justos en Leon el día 11 de setiembre del año 491; y es fácil discurrir cuál sería el sentimiento de toda la provincia en la pérdida de su santo pastor. Las lágrimas de los pobres fueron singularmente el mejor y el mas noble ornamento de sus magníficos funerales. Dióse sepultura á su cuerpo en la iglesia de San Justo, donde mucho tiempo despues fueron halladas sus preciosas reliquias, y se conservaron religiosamente en ella hasta el siglo décimosexto, en que fueron

dispersadas con otras muchas por las turbulencias de los hugonotes, que arruinaron entre muchas otras la iglesia de San Justo.

---

#### SAN PROTO Y SAN JACINTO, MÁRTIRES.

Estos dos santos ocupan un lugar distinguido entre los cristianos que sellaron en Roma con su sangre la fe durante las persecuciones. Segun su epitafio, que hace parte de las obras de san Dámaso, eran hermanos; Jacinto combatió el primero; mas Proto fué coronado antes que su hermano. Léese en las actas de santa Eugenia, venerada el día 25 de diciembre, haber sido ambos eunucos de aquella virtuosa matrona, y padecido los tres bajo Valeriano en 257. Mas esta data no parece cierta; pues nos dice el calendario de Liberio, que santa Basilla, que probablemente fué compañera de santa Eugenia, recibió la corona del martirio en 22 de setiembre de 304, en la persecucion de Diocleciano, y que fué enterrada en la via Salaria. San Avito de Viena, Fortunato y otros ponen á esta segunda santa entre las célebres vírgenes que murieron en defensa del cristianismo. La festividad de san Proto y de san Jacinto se halla señalada el día 11 de setiembre en el calendario de Liberio, donde se añade que se celebraba en su sepulcro en la antigua via Salaria en el cementerio de Basilla ó Basilia. Este comenterio hizo despues parte del de santa Priscila, enterrada á corta distancia de la nueva via Salaria.

En los mas antiguos martirologios se hace mencion de la festividad de san Proto y de san Jacinto. En 366 mandó el papa Dámaso quitar la tierra que cubria el sepulcro de estos santos. Hacia el mismo tiempo, un presbitero, llamado Teodoro, edificó una iglesia sobre

el sepulcro, como se ve por un antiguo epitafio publicado por Baronió. Anastasio refiere que el papa Símaco enriqueció despues aquella iglesia de ornamentos y vasos sagrados. En 1592 trasladó Clemente VIII las reliquias de ambos santos á la ciudad de Roma, y las depositó en la iglesia de San Juan Bautista, pertenencia de los Florentinos. La historia de esta traslacion se encuentra en las notas que Sarazano, testigo ocular, ha hecho sobre los poemas de san Dámaso.

Inútilmente se buscarian expresiones bastante enérgicas para alabar dignamente el invencible valor de estos mártires. Arrostraban el furor de los tiranos cuyas armas habian vencido todo el mundo, y cuyo poder temian reyes y pueblos. Pues bien, solos y desarmados comparecian impávidos delante de aquellos soberbios conquistadores, que pretendian deber humillarse todos bajo su yugo. Animados con el socorro de la gracia, triunfaban de todo el poderio del mundo y del infierno; sin que las fieras, el acero y las llamas pudiesen resfriar en lo mas mínimo su ardimiento. Alegres y denodados en medio del aparato de los mas horrosos suplicios, daban al traste con sus enemigos, y quedaban victoriosos de hombres y demonios. ¡Qué gloria la de tamaño espíritu! y teniendo á la vista semejantes dechados, ¿tendremos todavía la cobardia de desalentarnos en las tentaciones, y manifestar desconsuelo en las pruebas mas comunes de la vida?

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Salaria, la fiesta de san Proto y de san Jacinto, su hermano, mártires, eunucos de santa Eugenia, que, reconocidos por cristianos en tiempo del emperador Galiano, fueron instados para que sacrificasen á los ídolos; mas no habiendo querido

consentir en ello, fueron primero cruelmente azotados, y luego decapitados.

En Laodicea de Siria, el suplicio de san Diodoro, san Diómedes y san Dídimo.

En Leon de España, san Vicente, abad y mártir.

En Egipto, san Pafnucio, obispo, uno de aquellos confesores que, bajo el poder del emperador Galerio Maximiano, fueron condenados á las minas, despues de haberles sacado el ojo derecho, y cortado la pantorrilla izquierda. En lo sucesivo en tiempo del Gran Constantino combatió nuestro santo enérgicamente contra los arrianos por la fe católica, y murió por último en paz despues de haber ganado muchas coronas.

En Leon de Francia, el tránsito de san Paciente, obispo.

En Verceil, san Emiliano, obispo.

En Alejandria, santa Teodora, la cual, habiendo cometido un pecado de imprudencia, hizo penitencia toda su vida, quedando desconocida hasta la muerte bajo el hábito religioso, y admirable por su paciencia y abstinencia.

Entre Gres y el rio de Braie en el Maine, san Almer, confesor.

Cerca de Ceauce en el mismo país, san Alneo, solitario.

En Luxeu, san Adelfo, abad de Remiremont.

En Toul en Lorena, san Bodon, obispo.

En el país de los Abisinos, san Dégana, presbítero.

En la diócesis de Constanza en la orilla del Rin, san Martedon, monje, muerto por unos forajidos.

En la isla Palmaria cerca de Porto-Veneré, el tránsito de san Venero, solitario.

Cerca de Palma, en la diócesis de Melito en Calabria, san Elias de Galatra.

En Cingoli en la Marca de Ancona, santa Esperanda, religiosa del orden de san Benito.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

Exaudi, quesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Patientis, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qu. tibi dignè meruit lamulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvet peccatis. Per Dominum nostrum...

Oye, Señor, las súplicas que te hacemos en la festividad de tu confesor y pontífice san Paciente; y pues te sirvió tan dignamente, libranos de todos nuestros pecados en atención á sus merecimientos. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 13 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Caritas patiens est, benigna est: caritas non emulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non querit quæ sua sunt, non irritatur.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal; no se ensorberce, no es ambiciosa, no busca su propio interés, no se irrita.

NOTA.

« Despues de haber hecho el Apóstol la enumeracion de los dones del Espiritu Santo, enseña á los Corintios que no abusen de ellos en perjuicio de la caridad que deben tener unos con otros. Muéstrales la excelencia de esta virtud, descubriendo sus principales efectos. »

REFLEXIONES.

*La caridad es paciente.* Da principio el Apóstol al retrato de la caridad, y le concluye en dos rasgos. Con efecto, á la paciencia en sufrir á nuestros hermanos, al cuidado en no darles á ellos que sufrir, y á la atención de procurarles todo el bien que se pueda, se reduce en el fondo toda la dulzura, todo el espíritu, y casi todo el ejercicio de la caridad. Es cierta

grandeza de alma, que tiene algo de heroismo, saber sobrellevar el humor, el natural y hasta los mismos defectos de las personas con quienes vivimos. La paciencia con que se sufre á nuestros hermanos es muy superior á una virtud ordinaria, así como no hay mejor prueba de poca virtud que el poco sufrimiento. Ninguno deja de tener sus defectos que le sufran los demás; ¿pues porqué no sufriremos los suyos á los otros? El mejor elogio, el mas noble retrato de una alma generosa, heróica y verdaderamente cristiana, es aquella bondad siempre compasiva y siempre benéfica, que la inclina muchas veces á sentir mas las miserias ajenas que las propias, no teniendo mayor gusto que aliviar á los desgraciados. Es señal de una bella alma compadecerse sinceramente de los afligidos, á diferencia de aquella maligna compasion que nace del orgullo, cuando algunas veces nos lastimamos de los trabajos de nuestros enemigos, dándoles á entender nuestra compasion precisamente para manifestarles nuestra superioridad ó nuestra mejor fortuna. La verdadera compasion no consiste solo en ternuras exteriores ni en lágrimas inútiles; pide tambien socorros efectivos; y cuando la limosna se acompaña con la compasion, es mas estimable que la limosna misma. Es la caridad aquel único amor que sabe juntar el juicio y la prudencia con el ardor y con la vivacidad. Todo otro amor es ciego cuando es ardiente, y no reconoce otra guía que el capricho, la indiscrecion, la temeridad, y algunas veces la locura. Para amar al prójimo como se debe, es menester sentir bajamente de si mismo. El orgullo inspira desprecio de los demás; ¿pues cómo es posible amar á quien se desprecia, ni despreciar á quien se ama? Acaso es mas dificultoso sufrir sin emulacion las prendas sobresalientes de los sugetos con quienes se vive, que llevar con paciencia sus defectos; pero la caridad

no conoce esta maligna envidia, que al mismo tiempo es el tormento y el rubor del amor propio. ¡Cosa extraña! Ninguna cosa debiera ser mas comun entre los fieles que la caridad, pues ninguna nos recomienda tanto Jesucristo. Ella es la virtud propia y característica de los cristianos: *In hoc cognoscent omnes*. Con todo eso, es hoy entre ellos una virtud harto rara la caridad. Según eso, ¿tendrá hoy Jesucristo muchos discípulos verdaderos?

*El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio: sed supra candelabrum, ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha y la pone en un escondrijo, ni debajo de un medio celemin; sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuere perverso, también tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en tí, sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

### MEDITACION.

#### DE LA CARIDAD CRISTIANA.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera de qué importancia es el primer mandamiento de la ley: *Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazón y con toda tu alma*. Pues el segundo, que

manda amar al prójimo como á sí mismo, es semejante al primero. Ellos son dos mandamientos; mas por decirlo así, casi es una sola cosa la que mandan ambos, pues el amor con que recíprocamente se aman los cristianos se puede decir que es una misma virtud y un mismo amor que aquel con que el mismo Dios quiere ser amado. Ora amemos á Dios, ora amemos á nuestros hermanos por esta cristiana caridad, siempre es una misma cosa la que amamos; porque amamos á Dios en nuestros hermanos, y amamos á nuestros hermanos por Dios. ¡Cuánta es la bondad de Dios en haber unido tan estrechamente estos dos preceptos!

*Este es mi mandamiento*, dice el Salvador, *que os améis unos á otros, como yo os amo*. *Este es el mandamiento de vuestro divino Maestro*, dice san Juan; *si le observamos, observamos toda la ley*. *La señal por donde se conocerá que sois mis discípulos*, dice el Hijo de Dios, *será si os amáis unos á otros*. ¡Oh, qué motivo tan excelente para obligarnos á amar á nuestros hermanos! ¿Será menester por ventura proponernos otro? Este es el precepto favorecido de Jesucristo; esta es la señal por donde han de ser conocidos sus discípulos; esto es lo mas grato, lo mas aceptable á Jesucristo que podemos hacer.

Grande error es imaginar que se ama á Dios cuando no se ama al prójimo. En vano nos lisonjearíamos de amar á Dios, si hubiera en el mundo una sola persona á quien no amásemos como á nosotros mismos. Es devoción falsa, es imaginario amor de Dios, cuando hay en el corazón la menor emulación, el menor encono, la mas mínima aversión. ¿Pues cuál será la suerte de los que retienen injustamente el bien ajeno, y de los que se complacen en denigrar la reputación de sus hermanos? ¿qué podrán esperar aquellos malignos corazones, aquellos genios avinagrados, que por venganza, por envidia ó por alguna otra pasión

pretenden persuadir que solo aborrecen en los otros sus defectos, y quieren hacer mérito, deseando que se tenga por virtud toda la malignidad de su falso zelo?

La caridad cristiana ignora estos artificios. Es propiedad de los insectos, de los gusanos ponzoñosos, pegarse solo á las llagas; la caridad solo nota en los hermanos las virtudes, excusando ó interpretando benignamente los defectos.

¡Ah Señor, y qué poco me caracteriza á mí la señal que caracteriza á vuestros hijos! ¡y qué visiblemente prueba el poco amor que os he tenido á vos la poca caridad que he tenido hasta ahora con mi prójimo!

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de Dios está tan estrechamente ligado con el amor del prójimo, que no puede subsistir sin esta fraterna caridad: *Si alguno dice que ama á Dios, y no ama á su hermano* (dice el amado discípulo), *mendax est*, miente. Pero ¿cuál ha de ser la medida, el modelo, por decirlo así, de este amor? El amor de nosotros mismos. ¡Ah Señor, según eso qué pocos hay en el mundo que tengan este amor y esta caridad!

Consideremos todas las propiedades de nuestro amor propio. ¡Qué atención á solicitar cada cual sus conveniencias, y á desviar todo lo que puede incomodarle, entristecerle ó perjudicarle! ¡qué ingeniosos somos todos en ocultar, en disimular nuestros defectos! ¡con qué ardor se aplica cada uno á defender sus intereses, á promover sus adelantamientos! No hay lisonjero que iguale al amor propio: excusa hasta nuestras mas groseras imperfecciones, y aprueba todo lo que nos lisonjea. ¿Conocerás por estos rasgos el amor que tienes á tus hermanos? ¿te portas con ellos con el mismo afecto, con la misma sensibilidad,

con la misma blandura y con la misma indulgencia? Esas negras enviduelas, esa desdeñosa frialdad, esas malignas interpretaciones, esos desapiadados juicios, esas mordaces censuras, esa dureza y ese sacudimiento, ¿son pruebas de que amamos al prójimo como á nosotros mismos? Pero en medio de eso, este es uno de los puntos esenciales de la religion, esta es como la base de toda la moral cristiana (1). *In hoc cognoscent omnes*. Por esta señal se conocen los discípulos de Cristo; este es el precepto especial y el distintivo del Salvador. No guardarle es estar en desgracia suya (2): *Manet in morte*. Sin embargo de eso, ¿hay precepto generalmente menos observado, ni que se atropelle con mayor tranquilidad?

Admiramos toda la cristiana caridad de un san Paciente: convenimos todos en que esta virtud brilló, sobresalió en todos los santos; que fué la virtud favorecida de todos los predestinados; que sin ella no hay derecho para entrar en los gozos del Señor; que ella sola arregla la sentencia que hace á las almas bienaventuradas. Bien; ¿y es el día de hoy la virtud general de todos los fieles? ¡O mi Dios, qué fondo de reflexiones, de justos sobresaltos, de crueles remordimientos!

Señor, ¡en qué miserable error he vivido hasta aquí, lisonjeándome vanamente de que os amaba á vos, cuando amaba tan poco á mis hermanos! Mi conducta, con la asistencia de vuestra divina gracia, probará en adelante cuánto detesto desde ahora tan lastimoso descamino.

#### JACULATORIAS.

*Testis mihi est Deus, quomodo cupiam omnes vos in visceribus Jesu Christi. Ad Philip. 1.*

Pongo por testigo al mismo Dios de que os amo á to-

(1) Joan. 13. — (2) I. Joan. 14

dos vosotros, hermanos míos, en las entrañas de mi Señor Jesucristo.

*Si diligamus invicem, Deus in nobis manet.* I. Joan. 4. Si nos amamos unos á otros, señal de que Dios está con nosotros.

#### PROPOSITOS.

1. Muy de temer es que la falta de caridad haga inútiles y aun execrables á los ojos de Dios muchos ayunos, muchas oraciones, muchas penitencias y muchos trabajos padecidos al parecer por amor de Jesucristo, pero que se quedaron estériles y secos por haberles faltado el riego de la caridad cristiana. ¡Cuántas personas, al parecer muy devotas, despues de innumerables ejercicios espirituales, despues de haber pasado muchos años en la soledad, despues de haber gastado sus bienes y consumido su vida en servicio del prójimo, se hallarán en la hora de la muerte, sino con las manos vacías, á lo menos no tan llenas de méritos como presumían, por haber tenido poco cuidado de perfeccionarse en la cristiana caridad! ¿De qué sirve extenuar el cuerpo con penitencias, atormentarse á sí mismo con tanta crueldad como los tiranos atormentaron á los santos mártires, si no se pueden llevar en paciencia las imperfecciones, ni aun las perfecciones de nuestros hermanos? Llevo todos mis trabajos con invencible constancia: no hay persecucion tan grande que haga titubear mi firmeza: estoy lleno de gozo en medio de las adversidades; pero me aflige la prosperidad ajena, me causan sentimiento los felices progresos de mi prójimo; pues nada soy, *nihil sum*. Toda mi aparente virtud, toda mi postiza paciencia es como nada. Tengo especial gusto en hacer con los pobres los mas humildes oficios: me humillo y me desprecio á mi mismo sin que me cueste trabajo; pero siento no sé qué secreta com-

placencia en ver humillados á los otros: pues *nihil sum*. Todas estas exterioridades son engañosas, todo es falsa apariencia de virtud, todo es hipocresía. Nunca midas tu virtud sino por la regla de la caridad. Desde este mismo punto has de tomar una firme resolución de sobresalir, mediante la divina gracia, en el ejercicio de la caridad cristiana, esto es, no solo de visitar, asistir y honrar á los pobres como á hermanos tuyos, sino de usar en adelante con todo el mundo de unos modales dulces, gratos, atentos y cortesanos. Destierra de tí desde luego esos modales altaneros, esos términos injuriosos, esas voces desentonadas y esos desdenes despreciativos, duros y picantes. Trata de ser sumamente delicado en todo lo que interesa á la estimacion, al honor y á la reputacion ajena. Excusa siempre los defectos del prójimo: compadécete de sus desgracias: alégrate de sus prosperidades: ten con todo el mundo una caridad benéfica, constante y universal. En fin, sea tu amor propio, por decirlo así, la regla de tu caridad, amando al prójimo como á tí mismo.

2. Sea siempre uno de los principales puntos de tu exámen este precepto tan preciso de la caridad. Acordándote del extraordinario zelo y de la inmensa caridad de san Paciente, pide al santo que te alcance de Dios esta virtud tan importante. Fué su carácter la caridad pura, infatigable, benéfica y universal: pídesela al Señor por intercesion del santo.